

El Colegio de Guadalupe y la consolidación del septentrión novohispano

José de la Cruz Pacheco Rojas*



Placa conmemorativa del Camino Real de Tierra Adentro **Fotografía** © Dolores Dahlhaus

La obra evangelizadora de la orden franciscana en el norte de la Nueva España se encuentra estrechamente ligada con la construcción del Camino Real de Tierra Adentro. El primer gran eslabón en este proceso histórico fue la traza del Camino Real de la Plata, de México a Zacatecas, que se forjó a sangre y fuego, y produjo una avalancha de españoles aventureros en busca de fama y fortuna hacia este real minero entre 1548 y 1550, con lo cual se establecieron los cimientos de una nueva “ruta hacia las muchas fronteras posteriores” (Powell, 1978: 285). La principal de ellas fue la de Tierra Adentro, que desde finales del siglo *xvi* se extendió hasta Santa Fe, Nuevo México, y que a la postre dio pie a la conformación de una nueva sociedad y una nueva cultura en el norte, singularmente mestiza, resultado del crisol de razas que lucharon entre sí en la frontera septentrional.

La ambición de riqueza de los españoles fundadores de Zacatecas y sus descendientes avanzaron con rapidez hacia el norte en busca de yacimientos de plata. Así, en 1554 se descubrieron ricas vetas en Fresnillo, y al año siguiente Juan de Tolosa hizo lo mismo en Sombrerete. Éste se hizo acompañar de algunos frailes franciscanos. Al mismo tiempo, Francisco de Ibarra, sobrino de Diego de Ibarra, hacía las primeras incursiones más al norte, atribuyéndose el descubrimiento de filones importantes en los que serían los pueblos mineros de San Martín, Chalchihuites, Santiago y Avino.

De manera simultánea, Zacatecas se convirtió en el punto de partida de la empresa evangelizadora más grande de la Nueva España, primero con la formación de las misiones franciscanas y más tarde las jesuitas. Fray Jerónimo de Mendoza fue el evangelizador pionero, quien entre 1557 y 1558 siguió los pasos de Francisco de Ibarra y llegó a San Martín, lugar que le sirvió como centro de operaciones de las incursiones que realizó hasta Nombre de Dios. Poco después se le sumaron cuatro frailes que fundaron un convento en Nombre de Dios, dos misiones en la sierra Tepehuana y otra en Analco, Durango. A partir de allí otros franciscanos desplegaron una intensa actividad al fundar conventos en los pueblos recién fundados y reales de minas más al norte.

La posición de los primeros misioneros franciscanos en tierra adentro se afianzó en 1562, cuando el virrey Luis de Velasco II otorgó a Francisco de Ibarra el nombramiento de gobernador de las tierras que se convertirían en la Nueva Vizcaya, con el mandato de que se hiciera acompañar de “algunos religiosos de la orden de San Francisco, y de algunos españoles que vayan en su compañía, pueda entrar más allá de San Martín y Avino y descubra los asentamientos que se dice están en esas partes” (Pacheco, 2001: 56).

En esta expedición fray Pedro de Espinareda desempeñó un papel muy importante como cofundador al lado de Ibarra, quien luego de fundar la villa de Durango, en 1563, se internó hacia el norte de su gobernación por las estribaciones

orientales de la sierra en busca de oro y plata, así como de asentamientos indígenas, hasta llegar al valle de San Bartolomé, acompañado por Espinareda. Desde allí los soldados de Ibarra exploraron los contornos y llegaron hasta las márgenes del río Conchos.

En 1567 los conquistadores encontraron importantes vetas de plata en Guanaceví, Indehé y Santa Bárbara, por lo que Ibarra mandó a Francisco del Río de Loza a tomar posesión y a poblar los dos primeros el 24 de junio y Santa Bárbara el 4 de diciembre de 1567 (Márquez, 1995).

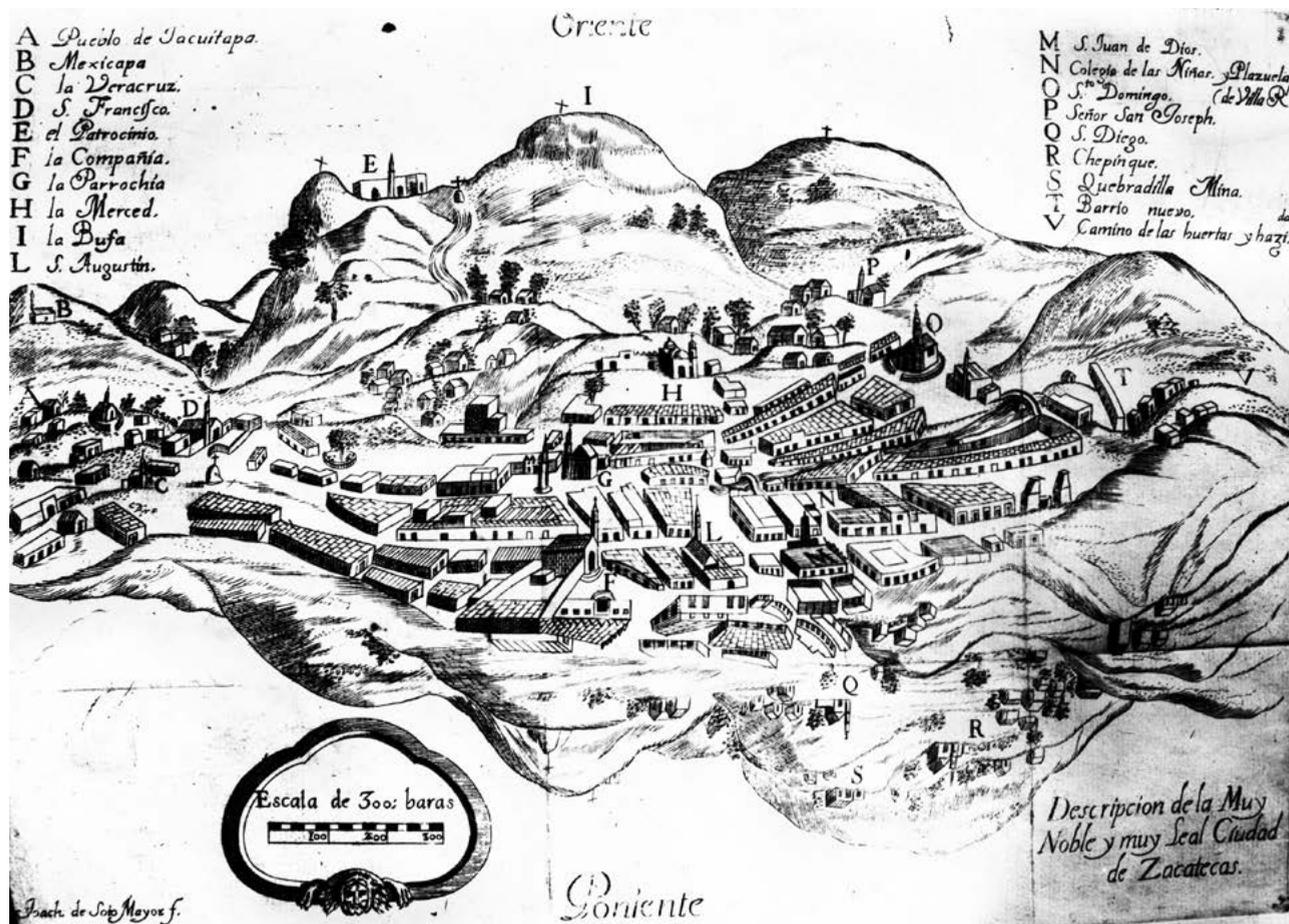
Entre las obras notables del fraile Espinareda hay que destacar el establecimiento del convento en Durango en 1563, el cual se convirtió en la base de los que se fundarían en las poblaciones más importantes del Camino Real de Tierra Adentro. También fue el fundador de la Custodia de Zacatecas, erigida en diciembre de 1566 (Porras, 1946: 219 y ss.), que más tarde se convirtió en la provincia franciscana de Zacatecas.

A finales del siglo *xvi* Santa Bárbara era el real de minas más septentrional, y hasta ahí llegaba el primer eslabón del Camino Real de Tierra Adentro en ese momento. En 1598 Juan de Oñate emprendió la marcha definitiva desde ese lugar para conquistar y poblar Nuevo México, no sin antes transitar el tramo previamente trazado con los compañeros de Ibarra. En su expedición lo acompañaron ocho frailes franciscanos, entre quienes figuraba fray Alonso Domínguez en calidad de comisario apostólico (Pérez, 1992: *xxxiii* y 224).

Conforme los conquistadores avanzaron en la ocupación del territorio, los frailes franciscanos fueron fundando misiones, para sentar así las bases de la Custodia de San Pablo de la provincia de Nuevo México. Su importancia fue tan grande que durante casi todo el siglo *xvii* los misioneros gobernaron en los ámbitos civil y religioso (Sánchez, 2014: 402), salvo en la década de 1680, cuando los indios pueblo se revelaron y expulsaron a todos los españoles y criollos de sus tierras. Una vez refundadas, en la década de 1690, las misiones sobrevivieron bajo cierta autonomía respecto al obispado de Durango, al que estaban sujetas, hasta la secularización de 1833. Con la fundación de Santa Fe por parte de Pedro de Peralta, en 1610, quedó concluido el Camino Real de Tierra Adentro, eje de múltiples procesos históricos, sociales, económicos y culturales, el cual perduró hasta mediados del siglo *xix*.

También en la década de 1590 fray Alonso de la Oliva inició la evangelización a lo largo del río Conchos, y en 1604 estableció las misiones de Atotonilco y San Francisco de Conchos, que se convirtió en la cabecera; emprendió con rapidez la formación de otras y asentó en ellas a un gran número de neófitos (Griffen, 1979: 4, 60). Los naturales sujetos a las misiones fueron conchos, chisos, sumas y jumanos, subdivididos a su vez en una serie de bandas.

Pese al éxito inicial en la conversión de los indios al cristianismo y a la vida en asentamientos permanentes, los conchos



Joaquín de Soto Mayor F., *Descripción de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas*, 1732 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, LVI-38

y otros grupos aliados se levantaron en armas en 1645, destruyeron algunas misiones y dieron muerte a los frailes N. Ligarán y Francisco Lavado (*ibidem*: 60). Una vez pasada la revuelta, un número importante de la confederación concho fue congregada de nuevo. Las misiones de la conchería sobrevivieron hasta avanzado el siglo XVIII bajo una rebelión tras otra, contenidas a veces por los presidios erigidos en esa región, aunque se vieron seriamente afectadas por las constantes embestidas de los apaches, al punto de que sus habitantes huyeron y su territorio fue ocupado por los intrusos y aguerridos recién llegados (*ibidem*: 24).

EL COLEGIO DE PROPAGANDA FIDE DE GUADALUPE Y LAS MISIONES NORTEÑAS

Hasta finales del siglo XVII la presencia franciscana en el norte novohispano se reducía al cordón de conventos en las principales poblaciones del Camino Real de Tierra Adentro, a las misiones de la conchería, la misión de Nuestra Señora de Guadalupe de El Paso del Norte y la provincia de San Pablo de Nuevo México. No fue sino a partir del establecimiento del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas y los otros colegios cuando la

labor misional de la orden de San Francisco recibió un nuevo impulso que sólo encuentra parangón con la intensa actividad evangélica desplegada por los llamados “doce”, encabezados por fray Martín de Valencia, durante los primeros años de la conquista espiritual en el centro de México, la cual reforzó la conquista militar española.

La fundación de los colegios de Propaganda Fide, en especial el de Santa Cruz de Querétaro y el de Guadalupe de Zacatecas, erigidos con el cometido principal de dedicarse a la actividad misional entre grupos indígenas infieles y, en menor medida, entre fieles, los convertiría en un bastión decisivo en la ampliación y consolidación del territorio septentrional de la Nueva España durante el siglo XVIII.

La fundación del Colegio de Guadalupe, el 12 de enero de 1707, corrió a cargo de Antonio Margil de Jesús, José de Castro, José Guerra, Alonso González, así como sus hermanos legos Pedro Franco y José de San Francisco, Juan de Alpuente y Cristóbal Gutiérrez (*Los libros...*, 2010: 23), quienes serían los artífices de esa gran contribución: una institución consagrada a la preparación rigurosa de misioneros doctos en latín, ciencias naturales, matemáticas, filosofía, teología y,



Bernardo Portugal, alcalde de la Real Aduana de Zacatecas. *Descripción de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas. Capital de la provincia de la Nueva Galicia. Obispado de Guadalajara*, 1795 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, DLXVII-16

desde luego, mística, ascética, el conocimiento y la observancia de las constituciones y la regla de la orden (*ibidem*: 24). Todas estas materias se cursaban en casi 10 años, durante los cuales los alumnos escalaban desde el noviciado hasta la realización de los votos al presbiterado. Una vez concluidos los estudios, los nuevos miembros de la orden franciscana eran destinados a las misiones.

MISIÓN EN EL GRAN NAYAR

Además de la sólida preparación espiritual, académica e intelectual de los misioneros egresados del Colegio de Guadalupe, desde mi punto de vista existía un cambio de concepción y de método acerca de la misión o las misiones, a diferencia de las formas de proceder anterior, o al menos estos dos elementos fundamentales se consolidaron en la *praxis* misional.

El fundador del colegio y gran artífice de las nuevas ideas fue fray Antonio Margil de Jesús, un misionero muy experimentado, ejemplo de un inquebrantable rigor místico, asceta

excepcional, quien llevó consigo su forma de pensar y de ser a las misiones de infieles que fundó, exigiendo de ellos recibir la religión cristiana por la fuerza de las armas si así fuera necesario. La primera experiencia que tuvo en tierras norteañas fue con los indios nayaritas (coras y huicholes), en 1711, con quienes fue a misionar atendiendo una cédula real expedida el 31 de julio de 1709, en la que se mandaba a la Audiencia de Guadalajara que con toda diligencia “se procurasen reducir a la Fe Santa las bárbaras gentes que habitaban la sierra de Nayarit” (Alcocer, 1958: 104-105). Éste no fue el primer intento que hicieron los franciscanos, pues desde mediados del siglo *xvi* habían realizado una serie de incursiones sin lograr congregarlos ni cristianizarlos (*ibidem*: 105).

Previo a la entrada de fray Antonio Margil, en 1697 otro franciscano, fray Marcos de Ojalora, acompañado del capitán indígena Marcos, había hecho el intento de evangelizarlos. Sin embargo, los nayaritas se negaron a aceptar la reducción. En 1701 el capitán Francisco Bracamonte, como “protector del

Gran Nayar”, intentó conquistar la sierra del Nayar con una escolta de 10 soldados, dos eclesiásticos y un escribano. Con la idea de evitar que los indígenas se resistieran a su entrada, les mandó un mensaje con un indio que servía como intérprete, en el que les informaba que no entraban como soldados, sino que iban en busca de que “se lograra la salud de sus almas”, que para eso iban los sacerdotes para bautizarlos. La respuesta de los indígenas fue que no deseaban ser cristianos, y además les advirtieron a los intrusos que, si entraban a la sierra, los recibirían con armas. Los españoles no retrocedieron y, envalentonados, siguieron adelante. Los nayaritas les tendieron una emboscada, mataron a 10 de los miembros de la escolta y sólo se salvaron el capitán Bracamonte y los dos sacerdotes (Magriñá, 2014: 94-96).

Con estos antecedentes, fray Antonio Margil sabía que misionar entre los nayaritas no sería fácil. Advertido de la dificultad que representaba la empresa evangelizadora que estaba por emprender, decidió iniciar la entrada desde Guazamota, una población tepehuana donde se había erigido un convento en 1606 y en el cual residían dos religiosos que le sirvieron al fraile como apoyo. Pese a la antigüedad de la presencia de los franciscanos en ese lugar y su entorno, al parecer los logros en la conversión no habían resultado muy exitosos: ya avanzado el siglo XVIII, el cronista fray José de Arlegui decía de los

nativos que los frailes que allí residían pasaban múltiples penalidades sin esperar alivio alguno, “porque es toda tierra desierta y habitada solamente de indios rústicos, tan bozales, que casi no se distinguen de los troncos” (Arlegui, 1851: 77); una opinión nada amable ni cristiana al venir de quien venía. Algo peor opinaba Margil en su desesperación, al referirse a ellos como “apóstatas y facinerosos, refugiados en la sierra” (Alcocer, 1958: 107).

Fray Antonio Margil y su compañero fray Luis Delgado llegaron a Guazamota el 11 de mayo de 1711, apoyados por el capitán Pedro de Ron y cuatro indígenas ya cristianizados, “porque ninguno otro de aquellos pueblos quiso acompañarnos”, anotó el piadoso fraile. La elección de ese lugar obedecía también a que era el punto más cercano a los nayaritas. Cauteloso, prudente y temeroso, decidió enviar a dos emisarios, los indígenas Juan Marcos y Pablo Felipe, portando una imagen de Cristo y un rosario para el *hueitacat*, su gobernante principal, con el mensaje que, de adoptar “nuestra Santa Fe Católica, serían recibidos en la protección regia con toda la benignidad sin que en sus personas y bienes experimentasen la menor vejación”.

No obstante, sólo pudieron llegar hasta el rancho de Coaxaca (*ibidem*: 107-108), donde fueron “atajados” por unos indios nayaritas a quienes les explicaron el motivo de su entrada y les entregaron la carta y las imágenes que llevaban para que



Karl Nebel, *Zacatecas. En un viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República mexicana, 1829-1834*, litografía
 Fotografía © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, CCCXLI-47

fueran remitidas al *hueitacat*, envió que así hicieron. Reunidos en consejo de ancianos y principales, les manifestaron: “No querer ser cristianos [...] no querer admitir por habérselos así mandado su principal nayarita, que es un esqueleto en quien idolatran”. Lo llamaban *naiari* (*ibidem*: 108-109), considerado la primera deidad o dios fundador. El culto a los huesos, como ha mostrado Magriñá (2014: 34-36), se asociaba con un complejo ritual que se ofrecía a cadáveres “secos y enjutos” a los cuales se ofrecían los primeros frutos de las cosechas, objetos como armas e incluso sangre humana, además de que se les cuidaba con especial esmero.

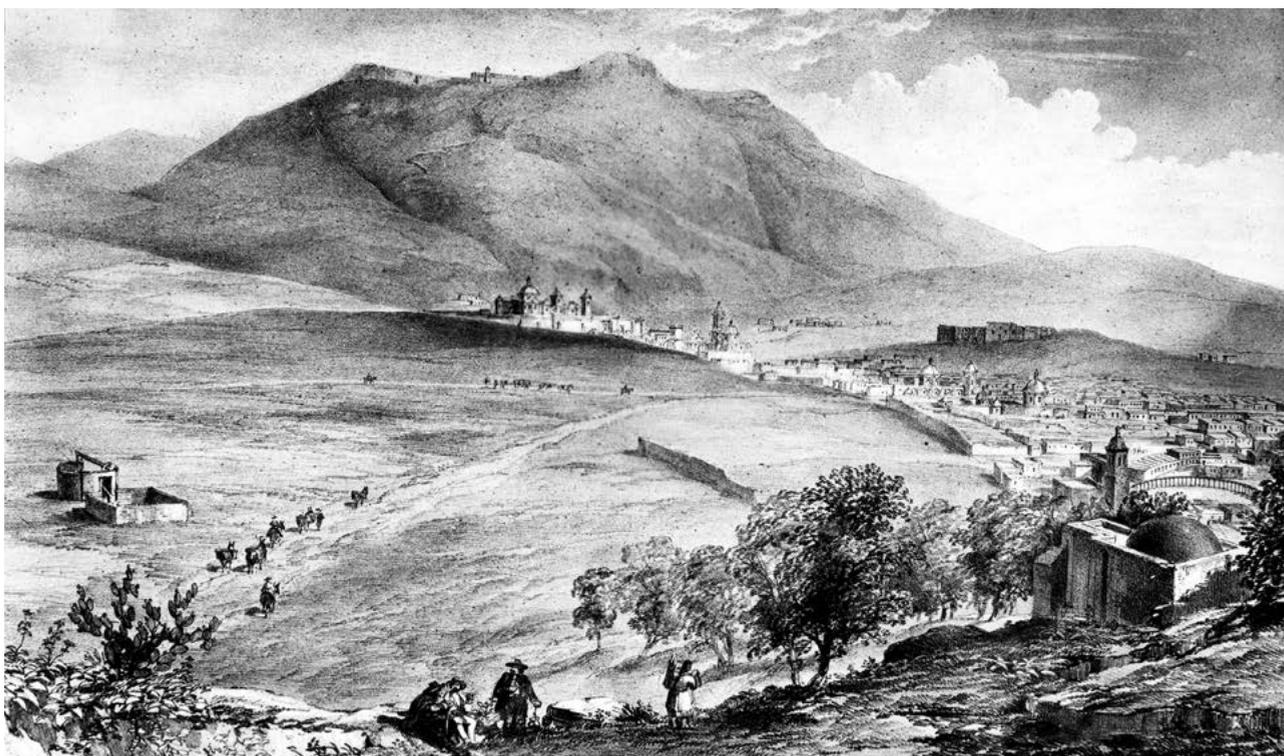
Los mensajeros fracasaron en su misión, los nayaritas les regresaron el Cristo y el rosario que llevaban y fueron expulsados. Frustrado por los resultados de sus emisarios, Margil se conformó con hacer misión en parajes de San Lucas y San Bernardino, inmediatos a Guazamota, celebrando misa y plantando cruces en señal de ocupación simbólica de la fe cristiana. Desde San Bernardino se internaron en la sierra hacia las tierras de los nayaritas, pero muy cerca de allí les salió un “indio embijado de los de adentro” y más adelante un grupo de 36 indios también “embijados” y armados en son de guerra, a quienes lograron calmar después de que les explicaron, a través de intérpretes, que iban enviados por Dios y el rey a pedirles que se “redujesen al santo yugo de la Iglesia y

admitiesen nuestra Santa Fe”; ante su negativa, Margil pidió a sus intérpretes que les dijeran que, “como no hallándose por medio de paz a reducirse, enviaría nuestro Rey soldados que, a fuerza de armas los redujesen” (Alcocer, 1958: 110-111).

En vez de conciliar la situación, lo anterior crispó los ánimos y, antes de retirarse, los indios le advirtieron a la comitiva misionera que, si volvían, serían ejecutados. Así terminó la tentativa de fray Antonio Margil entre los nayaritas de convertirlos al cristianismo. De hecho, esa actitud intolerante e intransigente era parte del carácter de este piadoso fraile, pues a su paso por Guatemala, donde fundó un colegio, su conducta se caracterizó por alentar la violencia psicológica y física ejercida por los soldados contra los indios. Esta actitud evoca el retorno de la “justa guerra” (Ruz, 2008: 213-232), aplicada durante la conquista espiritual en el siglo *xvi* y luego de manera esporádica en el norte, como la violencia que justificaron los frailes franciscanos en Nuevo México en 1598 contra los acomenses (Pacheco, 2001: 32); 11 años después, en septiembre de 1721, los jesuitas lograron penetrar con éxito siguiendo los mismos métodos coercitivos; es decir, por la fuerza de las armas, al mando de Juan de la Torre Valdés, y al año siguiente de Juan Flores (Magriñá, 2014: 57-87). De este modo habían procedido en la fundación de todas las provincias misionales del noroeste desde finales del siglo *xvi*.



Karl Nebel, *Vista general de Zacatecas. Templo de San Francisco*, 1836, litografía **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, T-XIX-13



Zacatecas, ca. 1850, litografía **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, CXXI-98

LAS MISIONES DE TEXAS

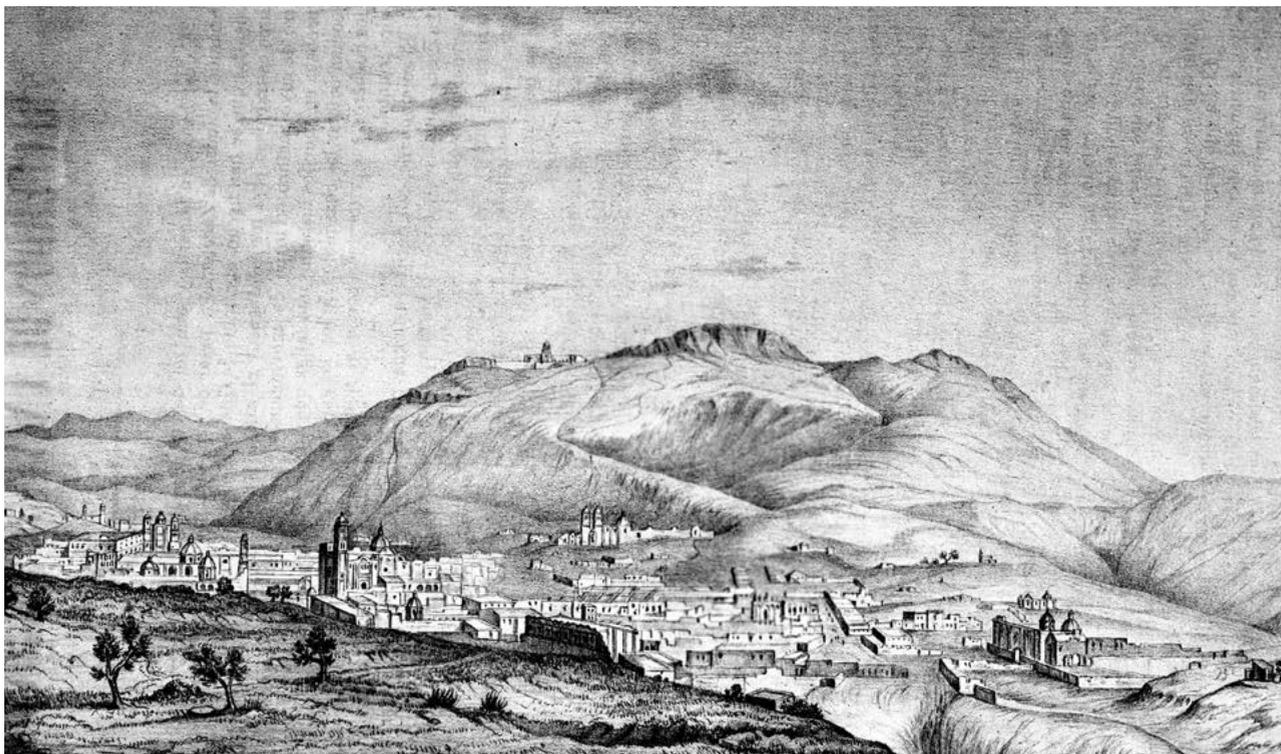
Ante el fracaso de la expedición misional al Nayar, fray Antonio Margil decidió salir de Guadalupe en enero de 1714 “para donde le llevaba el Espíritu del Señor”, en compañía del fraile Matías Sáenz y otro religioso. Así, hicieron un recorrido predicando por pueblos, ranchos y haciendas hasta Cedros y el real de minas de Mazapil, la villa de Saltillo y la ciudad de Monterrey, desde donde continuaron más hacia el norte fundando misiones como la de María Santísima de Guadalupe, arrasada poco después por los indios tobosos; siguieron predicando en “ranchos y pastorías” del Nuevo Reino de León (Alcocer, 1958: 117-121), territorios de Coahuila y Nuevo León, hasta llegar a la misión y presidio de San Juan Bautista, en las márgenes del Río Grande, fundados por misioneros del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro desde principios del siglo XVIII, los cuales servían como centro de operaciones de la actividad misional de Coahuila y Texas (Román, 2004: 116).

En ese momento los franceses amenazaban con avanzar y ocupar el territorio de Texas, por lo que el virrey Duque de Linares dispuso que algunos misioneros fundaran misiones en esa provincia bajo el resguardo de 25 soldados. Fue así como, en enero de 1716, los religiosos salieron de los colegios de Querétaro y Guadalupe para erigir las nuevas misiones. Del de Guadalupe fueron fray Antonio Margil, los predicadores fray Matías Sáenz de San Antonio, fray Pedro Mendoza y fray Agustín Patrón, con dos religiosos legos y un hermano

donado; el fraile Antonio Margil no pudo acompañarlos en esta primera entrada porque se enfermó de gravedad (Alcocer, 1958: 122-123). El primer contacto que tuvieron los religiosos fue con los indios asinais y los nacogdochi, a donde poco después llegó fray Antonio Margil.

Si bien la entrada a la provincia de Texas obedeció a las órdenes dictadas por el virrey Duque de Linares, es importante destacar que la acción misional franciscana desplegada a principios del siglo XVIII desde los colegios “debía estar fuertemente ligada [...] a la reforma de la vida franciscana” (Morales, 2008: 57); por lo tanto, “sería poco acertado referir toda la actividad misionera de los colegios sólo en relación con las estrategias de frontera de la Corona española” (*ibidem*: 60).

Donde sí hubo novedades, según mi apreciación, fue en la concepción y en los métodos misionales, pues a diferencia de la presencia franciscana en el cordón del Camino Real de Tierra Adentro, donde sus operarios se habían dedicado a erigir conventos en las principales poblaciones de fieles y entre algunas naciones de infieles, viviendo enclaustrados, a excepción de la conchería y la provincia de Nuevo México, la experiencia de Texas resultó distinta: el padre Margil ideó un plan para “reducirse a pueblo” (Alcocer, 1958: 124) a las naciones adays, ays y nacogdochi. Esto significaba ni más ni menos que congregar a los indios para que vivieran en “policía”. En otras palabras, como era común en el lenguaje de los misioneros jesuitas, revitalizado por los franciscanos: “Primero



Zacatecas, ca. 1860, litografía **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. I, Zacatecas, CCXII-42

hombres, luego cristianos” (Rex, 2014: 406). Este recurso fue utilizado más tarde en la Alta California por los misioneros fundadores fray Junípero Serra y fray Fermín Francisco de Lasuén, quienes instrumentaron una evangelización coercitiva con los indígenas recalcitrantes y hostiles, apoyados probablemente en las opiniones de los padres de la Iglesia, Tertuliano y Agustín de Hipona, quienes en algunos casos justificaban el uso de la fuerza en la conversión al cristianismo (*ibidem*: 410-412).

Mientras tanto, los religiosos del Colegio de Querétaro fundaron tres misiones más “rumbo del Norte”, hacia Nuevo México, los de Guadalupe al sur, “hasta Tampico”, quedando así dividida la actividad evangelizadora en la provincia de Texas. Entre penurias, los misioneros sobrevivieron con la ayuda de los indígenas congregados hasta 1719, año en que estalló la guerra entre Francia y España. Los franceses apostados en el presidio de Nachitos tomaron presos a los religiosos que estaban en la misión de San Miguel y saquearon el templo.

En ese momento fray Antonio Margil no se encontraba allí. Una vez enterado de los sucesos, y ante el avance de los franceses en territorio español y con las menguadas fuerzas militares que los protegían, decidió buscar refugio en la misión de San Antonio, la cual pertenecía al Colegio de Querétaro, contigua al presidio de San Antonio de Béjar (Alcocer, 1958: 127-129). Éste fue un golpe terrible que provocó el abandono de las misiones durante dos años, hasta que en 1721 quedaron

restauradas gracias al apoyo del marqués de San Miguel de Aguayo, quien entró a Texas al mando de varias compañías de soldados y fundó el presidio de Nuestra Señora del Pilar; ahí se estableció la misión de San Miguel de los Adays (*ibidem*: 129). Estas misiones duraron en pie medio siglo más en medio de hambrunas y enfermedades, hasta que desaparecieron. ¿Qué se logró en ellas? No lo sabemos.

Por otro lado, las que estaban en manos de los religiosos del Colegio de Querétaro fracasaron en la conversión de las naciones que habían reducido en las cuatro misiones fundadas en 1716 –las de los ainais, nechas y nazones–; en 1730 éstas quedaron desamparadas y se optó por trasladarlas a la misión de San Antonio de Valero, cerca del río de San Antonio de Béjar, y al año siguiente fueron cedidas al Colegio de Guadalupe, no sin mediar resistencia del mismo para admitirlas, de modo que se tuvieron que reforzar los trabajos evangelizadores con ocho religiosos más (*ibidem*: 165-166).

Una de las mayores dificultades que enfrentaron los frailes de Querétaro fue la creencia de los padres de los niños indígenas de que, al ser bautizados, morirían (*ibidem*: 167); una situación muy común entre los indígenas del norte novohispano, pues era en las iglesias donde con mayor facilidad se contagiaban de alguna enfermedad a causa de las frecuentes epidemias.

Las misiones de Texas al cuidado del Colegio de Guadalupe fueron abandonadas poco a poco hasta finales de la década

de 1770, cuando se extinguieron. En ese momento se pensaba iniciar los trabajos de evangelización con los comanches (*ibidem*: 178), pero esto no prosperó. También se pensó en la conversión pacífica de los apaches, si bien el plan fracasó.

LAS MISIONES DEL SENO MEXICANO

En 1747, el virrey Francisco de Gúemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo, y fray Juan Fogueras, comisario general de la Nueva España, firmaron un convenio para el establecimiento de 15 misiones en la colonia del Nuevo Santander, por el cual se obligó al Colegio de Guadalupe a proporcionar 12 sacerdotes para la fundación de seis misiones; lo mismo haría el Colegio de San Fernando, si bien éste no pudo cumplir con el compromiso debido a “la penuria de personal que padecía”, de modo que el de Guadalupe tuvo que hacerse cargo de todo el trabajo evangelizador en ese nuevo territorio sin conquistar.

El Nuevo Santander se hallaba poblado

[...] de muchas e indómitas naciones indígenas, prácticamente había escapado por más de doscientos años al dominio español, se extendía como a cien kilómetros de sur a norte y como a ochenta de oriente a poniente, conteniendo, casi en su totalidad, al actual estado de Tamaulipas (Cervantes, 1985: 143).¹

La empresa conquistadora del Seno Mexicano fue encomendada por el virrey Revillagigedo al coronel José de Escandón,

quien había pacificado la Sierra Gorda, y el Colegio de Guadalupe designó a fray Simón del Hierro para fundar las misiones (*ibidem*: 144).

Escandón partió a la conquista al frente de 50 soldados. Por su parte, fray Simón, quien había sido compañero y confesor de fray Antonio Margil, guardián de ese colegio y luego comisario de misiones (Alcocer, 1958: 135), salió de Guadalupe hacia el nuevo derrotero el 9 de diciembre de 1848, donde permanecería cerca de 12 años “mal aviado y casi derrepente” con otro compañero; más adelante se les unieron los frailes José María Villar y José Joaquín María del Rosario, a quienes los siguieron otros a principios de 1749 (Cervantes, 1985: 145-146).

Ese año fue muy prolífico en fundaciones, tanto de villas como de misiones; la primera fue la de San Francisco de Gúemes; la segunda, San Antonio de Padilla, donde se quedaron dos misioneros; la tercera, la del Nuevo Santander; las siguieron Camargo y otras más, como Altamira (*ibidem*: 146-156) y Soto la Marina, hasta sumar 23,² donde por lo general vivían los religiosos. Tanto las fundaciones como el establecimiento de las misiones conllevaban la reducción de los indígenas a la vida en “policía”, lo cual se hizo mediante el empleo de la fuerza de los 50 soldados comandados por el coronel Escandón, quien iba investido de amplios poderes.

Cuatro años después de la llegada de Escandón y los frailes, se completaron las 15 misiones a las que se había comprometido atender el Colegio de Guadalupe (Alcocer, 1958: 136-137). Para



Winfield Scott, *Niños en burro trasladando la leche*, ca. 1910 Fotografía © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. III, 2-32

el establecimiento y sustento de las misiones se les debía proveer a diario de maíz, ganado, aperos necesarios para la agricultura y abrir acequias y canales, de acuerdo con lo que informaba Tienda de Cuervo al virrey (Escandón, 1930: 153-154).

Fray Simón ofreció una interesante descripción del proceso fundacional de las misiones para 1749, pero no dio cuenta de la dotación de bienes ni de las tierras asignadas a los indígenas congregados (Cervantes, 1985: 159-195).

Todo parece indicar que Escandón no cumplió con esos compromisos en su calidad de gobernador del Nuevo Santander. Sin estos apoyos los misioneros no pudieron hacer su trabajo como deseaban, pues si bien los indios acudían a misa, aprendían la doctrina cristiana y algunos se bautizaron, no se consiguió reducirlos “a la vida política ni a formar pueblo”, pues acudían a las misiones mientras había comida, y una vez que se terminaba “se retiraban a los montes”. Los religiosos se conformaban con atender a los españoles en el aspecto espiritual. La situación fue de mal en peor al suscitarse frecuentes enfrentamientos entre indígenas y españoles, donde los religiosos quedaban en medio, hasta que decidieron renunciar a todas las misiones (*ibidem*: 135). El proceso de entrega culminó en 1766.

LAS MISIONES DE LA TARAHUMARA

El ciclo misional del Colegio Guadalupe en el siglo XVIII se cerró con la ocupación de las misiones de la Tarahumara, fundadas

por los jesuitas a principios del siglo XVII y despojadas de ellas a raíz de su expulsión de la Nueva España, ocurrida el 25 de junio de 1767, cuando se aplicó la Pragmática Sanción expedida por el rey Carlos III, el 27 de febrero anterior. Tocó al virrey y marqués Carlos Francisco de Croix promulgar el decreto en la Ciudad de México y otras villas y ciudades, así como en todos los colegios de la compañía (Vasconcelos, 2004: 25), donde se ejecutó de manera simultánea e inmediata en todos ellos.

El mismo 25 de junio el marqués de Croix dio a conocer el mandato al comisario general de la orden de San Francisco, fray Manuel de Nájera, de seguro pidiéndole, en nombre del rey, que enviara a los religiosos de los Colegios de Propaganda Fide a hacerse cargo de ellas. Para esto le había enviado con anterioridad una carta, fechada el 20 de junio, solicitándole que tomara las misiones de los tarahumaras, tepehuanes y chínipas, las cuales se quedarían sin ministro y que eran 75, de las que el obispo de Durango destinaria 30 clérigos, en tanto que el resto quedaría para los franciscanos. No obstante, debido a la falta de operarios en los colegios se determinó aceptar y recibir sólo a 15 (Cervantes, 1985: 255-256).

La entrega de estas misiones se redujo a la atención de la Tarahumara, cuyo traspaso lo hizo Lope de Cuéllar, gobernador de la Nueva Vizcaya, en Chihuahua en septiembre de 1767 (Alcocer, 1958: 147). Para esta nueva y sorpresiva



Calles de Arriba y Abajo, ca. 1920. En 1921 se les cambiaron los nombres: a la calle de Arriba se le dio el de Guerrero; a la calle de Abajo, el de Iturbide, y años después el del insurgente zacatecano Víctor Rosales, que conserva hasta la fecha **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, álbum 24, t. III, núm. 5



Panorámica del ex convento de San Francisco, Zacatecas, ca. 1930 **Fotografía** © Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, MDIX-6 (120)

encomienda fueron elegidos los frailes Joaquín María Manzano, Juan Martínez de la Parra, Agustín Fragoso, Francisco García y nueve más (Cervantes, 1985: 256-257). De acuerdo con las noticias reportadas por fray Simón del Hierro en 1768 acerca del estado que guardaban las misiones apenas recibidas, había una población numerosa de familias y personas re congregadas en cada una de esas 15 (*ibidem*: 257-260).

Estos buenos principios habrían hecho pensar que todo marcharía bien en la conversión de los neófitos, pese a que eran “joviales, pacíficos, afables, humildes y amantes de los misioneros; pero como hijos de Adán, hay entre ellos algunos malos” (Alcocer, 1958: 155). En general se admitía que se la pasaban vagando entre las rancharías, las estancias de los españoles y los reales de minas sin que nadie les pusiera freno. Incluso en ocasiones solían aliarse con los apaches en sus correrías contra los españoles. Para evitar este tipo de situaciones, se ordenó a las autoridades civiles de cada distrito e indígenas de cada misión que no se les permitiera salir sin licencia, aunque nadie podía frenarlos.

Se trataba de un problema serio, ya que prácticamente dejaban deshabitadas las misiones. Otras de las grandes dificultades para su conversión eran las “supersticiones”, la embriaguez, la desidia y la pereza. Los misioneros dijeron de ellos: “Estos indios son poco industriosos; nada se aplican a las artes mecánicas (sólo saben hacer algunos instrumentos

de música, la que mucho les agrada), salvo u otra cosa, a instancia y solicitud del P. Ministro” (*ibidem*: 156-157).

A pesar de todo, Alcocer destacó los logros obtenidos por los hermanos de la orden con los tarahumaras hasta 1788, quienes, afirmaba:

Tienen hoy el aumento las misiones de haber en ellas más indios instruidos, de estar más civilizados y de inclinarse más al idioma castellano y al comercio con los españoles. Se han desterrado de ellos innumerables supersticiones y vanas observancias en que los padres de este Colegio se hallaron metidos y en lo que bastante han trabajado (*ibidem*: 158).

El gran problema era retenerlos en la misión, pues la mayoría de los indígenas se iban a vivir a las barrancas en aislamiento, “en donde hace de ellos el demonio lo que quiere”. El propio Alcocer admitía que “aunque las misiones años ha que se fundaron [hay misión que tiene un siglo de fundada], en los indios está todavía la cristiandad en los primeros días de su infancia” (*ibidem*: 161-162).

Merrill (1995: 157) considera que estas misiones florecieron bajo el cuidado de los franciscanos, quienes estuvieron en ellas hasta 1830. El mismo autor sostiene que los métodos misionales empleados tanto por los franciscanos como por los jesuitas no lograron crear comunidades congregadas de indios en la región tarahumara (*ibidem*: 169).

Por su parte, Ana Lilia Altamirano Prado se encuentra realizando una investigación acerca de la experiencia misionera franciscana en la Tarahumara Baja, la cual, estamos seguros, arrojará una visión renovada.

CONCLUSIONES

Como acabamos de ver en forma breve, la actividad misionera desplegada por el Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Guadalupe Zacatecas en el norte novohispano fue monumental. De acuerdo con Francisco Morales (2008: 60), no sería del todo correcto ligar por completo las misiones franciscanas fundadas por los colegios a las exigencias de la corona española. En efecto, su intensa e incansable labor evangelizadora en el norte obedeció más a los afanes de la orden franciscana como parte de un segundo aliento para convertir a los indios “bárbaros” al cristianismo y civilizarlos. Dicho de otro modo:

Los religiosos de Propaganda Fide, a través de la actividad misionera, intentaron concentrar a la población indígena y reducir a policía, buscando cambiar su condición de cazadores colectores y volverla elemento activo en la vida económica de los pueblos y villas fundadas en torno a las misiones (Román, 2004:119).

Sin embargo, en estos dos aspectos sustanciales del nuevo proyecto evangelizador los religiosos franciscanos fracasaron, mas no así en sentar las bases para la ampliación y la consolidación de las posesiones septentrionales del imperio español, dejando claro de esta forma el verdadero sentido de las misiones como instituciones de frontera, al lado de los presidios, sustento ambos de la fundación de nuevas poblaciones ❖.

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango

Notas

¹ Acerca de las diversas naciones indígenas del Seno Mexicano, véase la “Descripción de las misiones del Seno Mexicano año de 1749” de fray Simón del Hierro (*apud* Cervantes, 1985: 118).

² Véanse la relación y descripción completas en Escandón (1930: 45-153).

Bibliografía

Alcocer, fray José Antonio, OFM, *Bosquejo de la historia del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe y sus misiones, año de 1788*, México, Porrúa, 1958.

Arlegui, fray José de, *Crónica de la provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas*. México, Cumplido, 1851.

Cervantes Aguilar, Rafael, OFM, “Fray Simón del Hierro, 1700-1775, y el norte de México”, presentación historiográfica del Colegio Apostólico de Guadalupe, Zacatecas, con acotaciones e ilustraciones del autor, México, IIA-UNAM, 1985.

Escandón, José de, *Estado general de las fundaciones hechas por D. José de Escandón en la colonia del Nuevo Santander, costa del Seno Mexicano*, México, Publicaciones del AGN, t. II, 1930.

Griffen, B. William, *Indian Assimilation in the Franciscan Area of Nueva Vizcaya*, Tucson, The University of Arizona Press, 1979.

Los libros en los senderos de la fe. Catálogo comentado de la biblioteca del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Guadalupe, Zacatecas, México, INAH-Conaculta/Gobierno del Estado de Zacatecas/Ayuntamiento del Municipio de Guadalupe/Fomento Cultural BanameX/ADABI, 2010.

Magriñá Ocampo, Laura María, “Los jesuitas y los coras: el Gran Nayar de 1722 a 1767. La conformación de una matriz cultural indígena”, tesis de doctorado en historia, México, UIA, 2014.

Márquez Terrazas, Zacarías, *Pueblos mineros de Chihuahua*, Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1995.

Merrill, L. William, “La época franciscana en la Tarahumara”, en Jorge Chávez Chávez (ed.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Historia Regional Comparada*, Ciudad Juárez, UACJ, vol. I, 1995.

Morales, Francisco, “Guadalupe, Zacatecas, actividad misionera de los franciscanos en un siglo de cambios”, en J. F. Román Gutiérrez, L. I. del Río Hernández y A. Carrillo Cázares (coords. y eds.), *Los colegios apostólicos de Propaganda Fide, su historia y su legado*, México, Gobierno del Estado de Zacatecas/UAZ/H. Ayuntamiento de Guadalupe, 2008 [2001-2004].

Pacheco Rojas, José de la C., *Breve historia de Durango*, México, FCE/El Colegio de México, 2001.

Pérez de Villagrà, Gaspar, *Historia de la Nueva México. A Critical and Annotated Spanish/English Edition*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1992.

Porras Muñoz, Guillermo, “Fray Pedro de Espinareda, inquisidor de Nueva Vizcaya”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, t. V, 1946.

Powell, W. Philip, *El camino real de la plata*, Zacatecas, UAZ, 1978.

Rex Galindo, David, “‘Primeros hombres, luego cristianos’: un análisis sobre la conversión forzosa en la frontera de Texas”, en *Colonial Latin American Historical Review*, 2ª serie, vol. 2, núm. 3, verano de 2014, pp. 405-432.

Román Gutiérrez, José Francisco, “La expedición a Texas de 1720. Los franciscanos de Propaganda Fide y la ruta del noreste novohispano”, en J. F. Román Gutiérrez, L. I. del Río Hernández y A. Carrillo Cázares (coords. y eds.), *Los colegios apostólicos de Propaganda Fide, su historia y su legado*, México, Gobierno del Estado de Zacatecas/UAZ/H. Ayuntamiento de Guadalupe, 2004.

Ruz, Mario Humberto, “¿Retorno de la ‘justa guerra’? Propaganda Fide en Centroamérica”, en J. F. Román Gutiérrez, L. I. del Río Hernández y A. Carrillo Cázares (coords. y eds.), *Los colegios apostólicos de Propaganda Fide, su historia y su legado*, Zamora, Gobierno del Estado de Zacatecas/UAZ/El Colegio de Michoacán/Ayuntamiento de Guadalupe, 2008.

Sánchez, P. Joseph, “‘No Pay, no Work’: Missionaries versus Bernardo López de Mendizabal’s Indian Policies in Colonial New Mexico, 1659-1662”, en *Colonial Latin American Historical Review*, 2ª serie, vol. 2, núm. 3, verano de 2014, p. 402.

Vasconcelos, fray Mariano Antonio de, *Diario histórico (o diario de Narvais). Compendio de noticias pertenecientes al Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas y comprensivas a otros lugares, 1767-1804*, Zacatecas, Ayuntamiento de Guadalupe/UAZ/Provincia de los Santos Francisco y Santiago, 2004.